

Un guiño entre Juan Rulfo y Miguel Méndez al abordar el tema de los *santos migrantes* entre la frontera México-Estados Unidos**

Resumen

Juan Rulfo y Miguel Méndez, pertenecientes a las zonas expulsoras de migrantes de la República mexicana y testigos de los caóticos años que siguieron a la Revolución y a la Cristiada, abordan en su obra la temática de *los santos migrantes*. Una situación en la cual el personaje principal se ve inmerso en una gran ironía de la vida actuando un papel inesperado conferido por el pueblo.

Palabras clave: Juan Rulfo, Miguel Méndez, santos mexicanos, migración México-Estados Unidos, Revolución, Cristiada, zonas expulsoras

En el presente ensayo propongo que Miguel Méndez, escritor chicano y autor de *Peregrinos de Aztlán*, aborda, al igual que Juan Rulfo en "Anacleto Morones" de *El llano en llamas*, un tema intrínseco a la cultura: el religioso. ¿En qué se basa la santidad de una persona? ¿Qué papel otorgan los autores a los fieles para hacer dicha apreciación? Entre Rulfo y Méndez hay tan sólo doce años de diferencia (nacido en 1918, el primero; y en 1930, el segundo); la impronta histórica, política y cultural que los marca asoma en su obra literaria.

Ambos provienen de las denominadas *zonas expulsoras*¹ de migrantes en México. Méndez del norte, colindando con la

¹ Se denomina *zonas expulsoras* a las regiones que se caracterizan por tener un grupo de migrantes de México a los Estados Unidos mucho más elevado que otras. Ejemplo de ello son los estados fronterizos, Jalisco, Michoacán, Puebla y Distrito Federal. Respecto al análisis de estas zonas recomiendo ampliamente la obra de Gustavo López Castro, *La casa dividida: un estudio de caso sobre la migración a Estados Unidos de un pueblo michoacano*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986. O en fechas recientes (25-27 de septiembre de 2012), en el marco del II Congreso Bianual de la International Association of Inter-American Studies titulado "Cruzando fronteras en las Américas: las dinámicas del cambio en la política, la cultura y los medios" en Guadalajara, Jalisco, la ponencia "Movilidad internacional de personas e ideas. Profesionales mexicanos en Estados Unidos", en el cual la Doctora Beatriz A. Bustos Torres de la Universidad de Guadalajara apunta a un perfil diferente de migrantes.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

**Fecha de recepción: 16 de marzo 2012.

Fecha de aceptación: 14 octubre 2012.

frontera México-Estados Unidos y Rulfo del Bajío. Se trata de las zonas agrícolas que padecieron, más que otras, la atropellada transición política y económica de la República tras la Revolución mexicana. Lugares en los cuales la tierra difícilmente pudo dar fruto al no ser cultivada debido a que los hombres eran reclutados para luchar, estuvieran o no de acuerdo. El hambre, el miedo, la inestabilidad social y las fluctuaciones de poder resultaban los temas de cada día. Juan Rulfo nació en Apulco, Jalisco, durante el carrancismo, y años después, durante la persecución religiosa encabezada por la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), le tocó ser testigo de la Cristiada o la guerra Cristera (1926-1929). La cual fue un movimiento popular por parte de la comunidad católica en respuesta a dicha persecución. El autor perdió a su familia y el contacto que tuvo con la muerte, las ausencias, las migraciones a la capital o a los Estados Unidos, y esas extrañas presencias de tipo espiritual, en particular las vinculadas a quienes extienden su poderío en acciones –según los fieles– más allá de la muerte, lo acompañarían en su producción literaria.

Según señala Carlos Blanco Aguinaga:

[...] está claro que la familia de Rulfo “se desintegró” durante “la Revolución”. No tenemos por qué entrar aquí en por qué Rulfo, para explicar la tragedia de su familia, recurre a una noción abstracta (“destino”) excluyendo de entrada las posibles causas históricas. Pero sí hemos de notar que esta actitud ante la “devastación” será una de las claves de

su obra, el contradictorio fundamento de su visión del mundo.²

Miguel Méndez, por su parte, nació en plena recesión estadounidense en Bisbee, Arizona en 1930. Su padre, antes minero, regresó con su familia al Ejido del Claro, Sonora, lugar de vivienda y empleo; pero también sitio de encuentro y partida, punto de migración. Ahí, el autor conoció familias provenientes de localidades diversas de la República mexicana, y ello le permitió alimentarse de una oralidad que encerraba narraciones de todo tipo, no sólo de la Revolución mexicana y la Guerra de los Yaquis en que participaron sus abuelos.

Méndez fue un autodidacta con un elevado grado de conciencia de clase. En su obra afirmaba la demanda social, mostraba resistencia, reivindicaba a los indios yaqui y finalmente, proclamaba la autodeterminación del chicano. Gustó además de valerse de los contrastes culturales entre un lado y otro de la frontera, al describir cómo era la vida para alguien que migraba.

Tanto Miguel Méndez como Juan Rulfo abordan el tema de los *santos migrantes* entre México y Estados Unidos. Pese a que ambos tuvieron un bagaje cultural similar en cuanto a provenir de una zona expulsora y vivir las secuelas caóticas de la Revolución, así como nutrirse de la oralidad del pueblo y sus historias; cada uno de ellos aborda la temática de manera singular pero privilegiando a la ironía como figura retórica. Así, el lector será testigo de la discrepancia en-

² Carlos Blanco Aguinaga, “Introducción”, Juan Rulfo, *El llano en llamas*, p. 15.

tre las palabras y su significado, o de las acciones y sus resultados, o entre la apariencia y la realidad. "Anacleto Morones" es uno de los diecisiete cuentos que conforman la colección de *El llano en llamas* de Juan Rulfo, publicada en 1953 por el Fondo de Cultura Económica, tan sólo dos años antes de la que sería su obra magistral *Pedro Páramo*.

"Anacleto Morones" inicia *in medias res* y Lucas Lucatero es el narrador intradieгético que pone en guardia al lector respecto a un grupo de diez mujeres que vienen en procesión a buscarlo. Él ya sabe cuál es el motivo, el mismo que irá develando poco a poco en el cuento. Lejos de tratarse de unas damas piadosas y practicantes de la fe, por medio de la diégesis de Rulfo, nos damos cuenta que no hay el más mínimo pudor que pueda detenerlas, no obstante que Lucatero está en cuclillas y con los pantalones caídos.

En el primer párrafo el narrador ha creado ya la atmósfera que prevalecerá y causa sospecha por la economía de recursos; así como, la contigüidad de los sustantivos y adjetivos: calor, sudor, cenizo, negro. Ni los rezos, ni los escapularios, ni su recatada vestimenta ni las múltiples interjecciones como: ¡Gracias a Dios! o ¡Ave María Santísima!, las hará más buenas o más santas:

¡Viejas, hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el mero rayo del sol. Las vi desde lejos como si fuera una recua levantando el polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios

grandotes y renegridos, sobre los que caía a goterones el sudor de su cara.³

Las diez mujeres han salido en peregrinación desde Amula, pasando por los pueblos de Santo Santiago y Santa Inés, donde pensaron que podían encontrar a Lucas Lucatero; no obstante, han tenido que trasladarse a un rancho desértico y remoto para pedirle que sea él quien dé fe del *Santo niño*, como llaman al recién fallecido suegro de Lucatero.

Desde un principio el narrador las ha calificado de "viejas indinas", "viejas carambas", "sarta de viejas canijas", "¡Viejas de los mil judas!". Se les trata como a un grupo incómodo, un bulto negro, carente de identidad. Cada mujer es la hija de algún varón al que sí se menciona, pero ellas, de modo particular, no tendrán nombre en tanto no aminore su número:

Diez mujeres, sentadas en hilera, con sus negros vestidos puercos de tierra. Las hijas de Ponciano, de Emiliano, de Crescenciano, de Toribio el de la taberna y de Anastasio el peluquero.

¡Viejas carambas! Ni una siquiera pasadera. Todas caídas por los cincuenta. Marchitas como floripondios engarruñados y secos. Ni de dónde escoger.⁴

Es obvio que hay una total repulsión del narrador intradieгético por esas mujeres de quienes hay que estar muy alertas; pero también resultará notorio que Lucatero es alguien en quien tampoco se puede confiar. Con un magistral manejo de la mimesis, Juan Rulfo teje el entramado que mantendrá en suspenso al lector:

³ Juan Rulfo, *El llano en llamas*, p. 157.

⁴ *Ibidem*, p. 159.

Yo ya sabía de dónde eran y quiénes eran; podía hasta haberles recitado sus nombres, pero me hice el desentendido.

—Pues sí, Lucas Lucatero, al fin te hemos encontrado, gracias a Dios.

Las convidé al corredor y les saqué unas sillas [...].

Ellas se sentaron, secándose el sudor con sus escapularios.

[...] No venimos a darte molestias. Te traemos un encargo. ¿Tú me conoces, verdad, Lucas Lucatero? —me preguntó una de ellas.

—Algo —le dije—. Me parece haberte visto en alguna parte. ¿No eres, por casualidad, Pancha Fregoso, la que se dejó robar por Homobono Ramos?

—Soy, sí, pero no me robó nadie. Ésas fueron puras maledicencias. Nos perdimos los dos buscando garambullos. Soy congregante y yo no hubiera permitido de ningún modo...

—¿Qué, Pancha?

—¡Ah!, cómo eres mal pensado, Lucas. Todavía no se te quita lo de andar crimiando gente.⁵

Por las mujeres sabemos que Lucatero es “un hablantín”, “un hablador”, “un blasfemo”. Así que en apariencia, y en los momentos de diégesis, podría existir cierta simpatía por el narrador que se ve acorralado por la devota congregación de Morones:

Sabía que me andaban buscando desde enero, poquito después de la desaparición de Anacleto Morones. No faltó alguien que me avisara que las viejas de la Congregación de Amula andaban tras de mí. Eran las únicas que podían tener

algún interés en Anacleto Morones.

Y ahora las tenía allí.⁶

Poco a poco, valiéndose de la mimesis, el autor devela a un bribón que no tuvo reparo en seducir, durante su juventud, a cualquiera de las diez mujeres ahí presentes. Lo interesante es ver lo contradictorio que resulta su implacable discurso en contra de “las viejas” y el velado coqueteo entre ellas y él. Rulfo se vale de la ironía para demostrar que a Lucatero no le resulta indiferente la presencia femenina, a pesar de que no gocen de hermosura y juventud; y que a las congregantes, pese al “qué dirán” de la gente, les motiva que haya un sucesor de Morones:

—¿Quieres ir con nosotras?

—¿Adónde?

—A Amula. Por eso venimos. Para llevarte.

Por un rato me dieron ganas de volver al corral. Salirme por la puerta que da al cerro y desaparecer. ¡Viejas infelices!

—¡Y qué diantres voy a hacer yo a Amula?

—Queremos que nos acompañes en nuestros ruegos. Hemos abierto, todas las congregantes del Niño Anacleto, un novenario de rogaciones para pedir que nos lo canonicen. Tú eres su yerno y te necesitamos para que sirvas de testimonio. El señor cura nos encomendó le lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famoso por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar mejor que ninguno las obras de misericordia que hizo. Por eso te necesitamos, para que nos acompañes en esta campaña.⁷

⁵ *Ibidem*, p. 158.

⁶ *Ibidem*, p. 159.

⁷ *Ibidem*, p. 163.

La ironía de Rulfo irá *in crescendo* debido a la comicidad que se desborda en un plano serio. En primer lugar el *Niño Anacleto* no era ningún niño, sino un señor al que adjudicaban milagros, particularmente este grupo de mujeres. La relación que él mantuvo con Lucas Lucatero fue más bien de socios y en un momento dado de suegro y yerno:

—Ya no tengo mujer.

—¿Luego la tuya? ¿La hija del Niño Anacleto?

—Ya se me fue. La corrí.

—[...] ¿Para dónde la mandaste, Lucas? Nos conformamos con que siquiera la hayas metido en el convento de las Arrepentidas.

—No la metí en ninguna parte. La corrí. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas; le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe de andar por esos rumbos, desfajando pantalones.

—No te creemos, Lucas, ni así tantito te creemos. A lo mejor está aquí, encerrada en algún cuarto de esta casa rezando sus oraciones. Tú siempre fuiste muy mentiroso y hasta levanta falsos.⁸

Las mujeres acusan a Lucatero de que “nada se le puede creer”, “que es puro hablador, blasfemo y desagradecido” y que “siempre ha sido muy diablo”, un seductor que a lo largo de su vida no ha perdido oportunidad de enamorar a más de una señorita que o bien apodan después como *güilota* o bien permanece *quedada*. Por si fuera poco se descubre entonces que Nieves García, una de las peregrinas, fue novia de él en su juven-

tud y tuvo que abortar al hijo esperado por ser su padre un *vaquetón*.

Lucatero, sin dar mayor importancia a dicha confesión, se retira para traer más agua de arrayanes y así cambiar el tema. Pregunta por los hombres del pueblo. ¿Qué ha sido de Rogaciano, el presidente municipal? ¿De Edelmiro, el boticario? ¿Del juez Lirio López? Para las devotas han sido todos una partida de *maldosos*, calumniadores y difamadores del *Niño Anacleto* a quienes acusaron de “abusonero y de brujo y de engañabobos”.⁹ Hablan de un Dios castigador que les hizo caso porque el presidente murió de rabia.

Las congregantes, en una extraña mezcla de rencor y devoción, pueden proferir los deseos más terribles para aquellos que pusieron obstáculos al hombre que ahora desean canonizar:

—Esperemos en Dios que esté en el Infierno.

—Y que no se cansen los diablos de echarle leña.

—Lo mismo que a Lirio López, el juez, que se puso de su parte y mandó al Santo Niño a la cárcel.¹⁰

Ahí, en pleno clímax del cuento, nos enteramos del momento en que el candidato a *santo* da el brinco de ser un simple comerciante a portar un halo de divinidad. Lucas Lucatero lo conoció como *santero*, un vendedor de figuras de santos y él, que era un arreapuercos en principio, lo ayudaba con el cargamento. Las piezas eran vendidas en ferias o en las puertas de las iglesias, así como las novenas

⁸ *Ibidem*, p. 164.

⁹ *Ibidem*, p. 162.

¹⁰ *Loc. cit.*

de san Pantaleón, san Ambrosio y san Pascual, pero:

—Un día encontramos a unos peregrinos. Anacleto estaba arrodillado encima de un hormiguero, enseñándome cómo mordiendo la lengua no pican las hormigas. Entonces pasaron los peregrinos. Lo vieron. Se pararon a ver la curiosidad aquella. Preguntaron: “¿Cómo puedes estar encima del hormiguero sin que te piquen las hormigas?”

—Entonces él puso los brazos en cruz y comenzó a decir que acababa de llegar de Roma, de donde traía un mensaje y era portador de una astilla de la Santa Cruz donde Cristo fue crucificado.

—Ellos lo levantaron de allí en sus brazos. Lo llevaron en andas hasta Amula. Y allí fue el acabóse; la gente se postraba frente a él y le pedía milagros.

—Ése fue el comienzo. Y yo nomás me vivía con la boca abierta, mirándolo engatusar al montón de peregrinos que iban a verlo.¹¹

No obstante el tipo de revelación sobre la persona de Anacleto; las mujeres, que no tenían referencia alguna sobre quién era ni de dónde venía antes de que fuera el hombre milagroso de Amula, entran en total negación. Para ellas era un *santo* que les había hecho unos favores especiales y no descansarían hasta conseguir dicho reconocimiento. Si pedían la ayuda de Lucatero como testigo para la canonización, era por la cercanía que tenía con Anacleto. Sólo bastaba con una confesión previa, pero esa la había hecho quince años atrás el narrador cuando estuvo a punto de ser fusilado por los cristeros. El alivio humorístico intensifi-

ca la cada vez más refinada ironía de Rulfo. Lucas Lucatero señala que Morones era “el vivo diablo” en cualquier lugar que estuviere:

—Está en el Cielo. Entre los ángeles. Allí es donde está, más que te pese.

—Yo sabía que estaba en la cárcel.

—Eso fue hace mucho. De allí se fugó. Desapareció sin dejar rastro. Ahora está en el Cielo en cuerpo y alma presentes. Y desde allá nos bendice. Muchachas: ¡arrodíllense! Recemos el “Penitentes somos, Señor”, para que el Santo Niño interceda por nosotras.¹²

Lo cierto es que en Amula, Morones fue desenmascarado como un estafador, oportunista, por los hombres del pueblo que lo metieron a prisión —de la cual se escapó—. Una vez en libertad el plan era convencer a Lucatero de que pasaran la frontera México-Estados Unidos, fueran socios (otra vez) y allí hicieran negocio. Lo que sólo el lector logra saber es que Lucatero dio muerte a Morones y lo enterró en su patio. Las congregantes, cada vez en número más reducido pues varias se habían retirado al recordar el desaire y la burla de que fueron objeto por el narrador años atrás, dan testimonio de qué fue lo que hizo el *Santo niño*, pues sólo cosas malas le achacaba Lucatero, como que siempre pidió una doncella para que velara su sueño:

—Eso lo hacía por pureza. Por no ensuciarse con el pecado. Quería rodearse de inocencia para no manchar su alma.

¹¹ *Ibidem*, pp. 164 y 165.

¹² *Ibidem*, p. 165.

—Eso creen ustedes porque no las llamó. A mí sí me llamó —dijo una a la que le decían Melquiades—. Yo le velé su sueño.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Sólo sus milagrosas manos me arroparon en esa hora en que se siente la llegada del frío. Y le di gracias por el calor de su cuerpo; pero nada más.

—Es que estabas vieja. A él le gustaban tiernas; que se les quebraran los güesitos; oír que tronaran como si fueran cáscaras de cacahuete.

—Eres un maldito ateo, Lucas Lucatero. Uno de los peores.

Ahora estaba hablando la *Huérfana*, la del eterno llorido. La vieja más vieja de todas. Tenía lágrimas en los ojos y le temblaban las manos:

—Yo soy huérfana y él me alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi padre y a mi madre en él. Se pasó la noche acariciándome para que se me bajara mi pena.¹³

Las mujeres, en realidad, más que interesadas en la santificación *del niño*, buscaban en Lucas Lucatero a un perpetuador de su obra, quien al igual que aquél, al menos por un instante les hiciera el *milagro* de sentirse amadas.

Pasemos a la obra de Miguel Méndez. *Peregrinos de Aztlán*, novela publicada en 1974, está conformada por cuadros independientes y gira en torno a las situaciones narradas sobre lo chicano y la vida de la frontera. La obra transcurre en dos escenarios principales: la ciudad de Tijuana en California y el Valle Imperial del desierto de Yuma, Arizona. Tijuana es importante como ciudad fronteriza, y sede de los vicios que los norteamericanos pueden llevar a cabo en libertad en

contraposición a sus propias leyes que los prohíben. Es también una ciudad de paso en el éxodo migratorio con la esperanza de una mejor calidad de vida y un sustento digno para la familia.

La paradoja de estos peregrinos de Aztlán, es que el mítico recorrido de norte a sur, en busca del paraíso, se realiza en modo opuesto, del sur (México) al norte (Estados Unidos). Y el anhelante edén muestra la careta reservada a los marginados. El tiempo a que hace referencia la obra oscila de la Revolución mexicana (en los recuerdos del yaqui Loreto), hasta la década de 1960 con la Guerra de Vietnam y la participación de la comunidad México-americana.

Loreto, un excombatiente en la guerra de los yaquis, tuvo que huir a los Estados Unidos, para sobrevivir, pero quedó atrapado justamente en la frontera. Gana el sustento al lavar coches. En medio de la competencia feroz, él, como otros marginados del sistema, por ganar unos cuantos dólares vive en un *quasi* estado de mendicidad. Ignorado por la mayoría, en un constante deambular por las calles y vivir a ratos en duermevela, recurre a uno de sus recuerdos más amados, el del *Buqui milagrero*, el yaquecito de sus días de infancia.

Por medio de una analepsis, Miguel Méndez transporta al lector a la infancia del Yaqui Loreto¹⁴ en el desierto de Sonora y es entonces donde tiene lugar el inicio de una parodia de la niñez de Jesús y la Sagrada Familia. ¿Irreverencia? ¿Burla? No, se trata de una conmovedora ironía trágica que en flashazos devela el autor.

¹³ *Ibidem*, p. 167.

¹⁴ Yaqui Loreto es el nombre del personaje tal cual aparece en la obra.

Si bien es cierto se trata de un recuerdo agradable al cual se puede aferrar el Yaqui Loreto entre los claxonazos de la agitada y contradictoria ciudad, en medio del contacto de lenguas español e inglés, no es él quien cuenta el inicio de la historia. Un narrador heteodiegético nos dice:

Por un pelito de rana no nació en Belén Jesusito. Estaban enmontados en el Bacatete porque el sanguinario Díaz había dado órdenes de que les dieran en la madre a todos. Torres, el maldito, los traía de arriada con órdenes de llevarse corte parejo.

A lomo de burrito llegaron a Belén. El pobrecito de Don Pepe se moría de congoja. A poco nació el niño. Doña Mariquita tan valiente y sufrida sonreía con el cielo en brazos. Era una fiesta de alegría. Cuentan que tocaba a los nopales amarillos de viejos y a luego se tornaban verdes. Qué planta no florecía a su paso y qué arrullos de pájaros, de batracios y cuanto elemento musical fuera ante su presencia, que no saturara los ámbitos con la más acariciante de las armonías. Narran que era uno de esos seres dueños de muchas voces; algunas le oyeron hablar a un tiempo el náhuatl y el maya, siendo su lengua madre el yaqui; hablaba el castilla como un Cervantes cualquiera. También lo oyeron hablar lenguas muy misteriosas, tan extrañas que no parecían del continente, más bien lenguas anti-quisimas. Dicen que de cerca se miraba caminar igual que lo hace todo cristiano, pero que ya a lo lejos se divisaba flotando; tenía veredas en el aire.¹⁵

Por medio de este relato observamos el inicio de una leyenda que empieza a crecer en torno a un niño a quien desde la infancia se le atribuyen milagros. Un pequeño héroe trágico en el sentido que ha sido coincidencia el nacer en un pueblo sonorense llamado Belén porque sus padres Don Pepe y Doña Mariquita huían del corrupto político, también una parodia de Herodes. Algo místico se percibe en el niño a quien se le atribuye el don de lenguas y la abundancia, la multiplicación de la vida. Ya crecido el *yaquecito sublime* se le atribuye la curación de Batepi Buitimez; un niño que salió espinado por un racimo de choyas y unas biznagas. Los remedios del curandero del pueblo no pudieron ayudarlo, pero el simple hecho de que Jesusito de Belén lo tocara, significó su sanación.

En la segunda parte de la novela, a través de la mimesis empleada por el autor, observamos a un yaqui alto, gordo, de 33 años, considerado un agitador político por el gobierno, y como *santo* por muchos. Vive en la frontera y se comporta como un hombre de convicciones profundas. La ironía que le jugó la vida al haber nacido en Belén, uno de los ocho pueblos yaquis en Sonora y que a él lo hubiesen bautizado con el nombre de Jesús, lo ha sobrepasado a lo largo de su existencia pues aunque lo tienen por *santo*, él se siente un impostor.

Alguien, un personaje que está fascinado por la historia que anda de boca en boca sobre Jesús de Belén, se lo encuentra en la frontera; en una cantina, entre un trago y otro de cerveza bien fría, lo entrevista. La ironía manejada por Miguel Méndez se torna cada vez más refinada, y entre lo hiperbólico del discurso

¹⁵ Miguel Méndez, *Peregrinos de Aztlán*, p. 41. Las cursivas son del original.

del pueblo que lo ha mitificado contrasta él su propia y pobre humanidad:

—¿Eres tú el Cristo?

—Soy Jesús porque con ese nombre me bautizaron, de Belén porque allí mero nací, en la nación Yaqui. Siéntate, pero paga la cerveza.

—Sé que vas por los pueblos curando enfermos y perdonando pecados en nombre de Dios padre.

—¡Y a ti qué te importa!

—Quiero ser tu sombra, señor, ayudarte a salvar almitas.

—Me negaría al primer peligro. Quieres seguirme porque crees que esta misión es película de gringos en glorioso tecnicolor. Pues no, hay que ir por los desiertos, sufrir la nieve a campo raso, recibir pedradas y azotes, compartir cárceles inundadas con ratas comedoras de orejas, pelearse con una hambre tan hambrienta que siente que se come tus mismas tripas. Redimir pueblos es morir tantas veces y levantarse arrastrando un cadáver que escupen hasta los que tú creías fieles. No porque me veas hoy gozándome de esta delicia espumosa vayas a creer que mi vida es juego.

—Yo siempre he pensado; quiero llegar a ser algo... algo, por eso, señor...

—¡Cállate! No me digas señor. Nací Jesús en Belén Sonora como cualquier pelado, pero la gente necia me hizo milagroso de su pura cuenta; ciertamente el nombre que llevo y el de mi pueblo son iguales a los de aquel bendito a quien imploro cure las llagas de mis pecados.

—¿Por qué has llegado a decir que eres Dios?

—Porque a mí mismo me hicieron creer. Tenía apenas doce años cuando los brujos de mi pueblo clamaron que mi palabra era sabiduría [...] Llegaban los neurasténicos temblando ante mí, con sólo tocarlos se calmaban. Me asusté y quise huir, no me dejaron mis padres

porque no les convenía. Cómo les iba a convenir si en cuanto me volví divino a ellos les empezó a relumbrar la barriga. Las beatas me volvieron un altar ambulante. Cabronas viejas sin oficio, donde quiera se me hincaban con miles de reverencias, quién las ve tan modositas, pero así son de chismoleras. Te juro que por un momento acepté el sacrificio y pensé en ser puro si con todo podía llevar fe a los atormentados.¹⁶

Durante la entrevista, en lo que parecería una confesión hecha por Jesús de Belén, queda manifiesto que como héroe en esta narración intentó huir de su destino y a los 22 años se dio a la fuga de su pueblo, con la esperanza de iniciar una nueva vida, en el anonimato y al lado de una compañera con la cual pudiera formar una familia. Empero, la trágica ironía lo alcanzó. Era ya tal la magnitud del mito en vida que no pudo pasar desapercibido y en tales circunstancias aprovechó las oportunidades sensuales que salieron en el camino:

—¡Maldito impostor! ¡Eres un farsante!

—Juajua, jajajaja, ajajajajaja, ajajaja.

—¡Apaga tu risa, demonio, que haces temblar la tierra! ¡Impostor! ¡Impostor!... ¿Lloras? Tus mejillas rebosan lágrimas, falso redentor... Veo... mucho dolor en tu cara. [...]

—La gente me hizo redentor siendo yo un pobre pecador tan lleno de pasiones. Te juro que en mi triste farsa he conocido el dolor y he llorado junto a los pobres. ¡Cuántas veces fueron trémulos de llanto a gritar mi ayuda! [...] Yo los bendecía y corría a esconderme, a llorar de impotencia y a pedirle perdón a mi señor.

¹⁶ *Ibidem*, p. 100.

*¡Perdóname, Señor, por llevar tu nombre bendito, por haber nacido en un pueblo de igual nombre al glorioso en que tú naciste! Yo no tengo la culpa, no la tengo... sírveme otro vaso, hijo, antes de que se caliente.*¹⁷

Nuestro héroe trágico señala a quien lo entrevista y pretende seguirlo (parodiando a los discípulos y particularmente a Pedro, quien después lo niega, cuando lo buscan para hacerlo prisionero), que debe tener en cuenta que en cada pueblo hay *fariseos* y *judas* que han abusado del poder. Él, por su parte, ha sido víctima de su destino: "Sólo yo he sido falso porque nací con el destino trágico de redentor sin ser enviado por el supremo".¹⁸

Este Jesús de Belén, quien anda por la vida con la espalda llena de cicatrices por los azotes, con los brazos espinosos del mezquite tierno, considera a los políticos en general como verdaderos abortos del diablo:

Grité que el que tuviera pan lo compariera con los hambrientos; que el que se viera a la muerte de frío recibiera de su hermano abrigado un trozo de cobija. Lo que más les ardió a los ricos fue que grité que al trabajador hay que pagarle con justicia, de lo contrario no valdrían oraciones para sacar a los explotadores del mero infierno.¹⁹

Finalmente muere Jesús de Belén una vez que es hecho prisionero: se le ata desnudo a un sahuaro y muere bajo el rayo del sol. Los políticos lo consideraron un peligroso agitador que no podía seguir con vida.

Empero, ¿a qué se deben los milagros de los que habla la gente en *Peregrinos de Aztlán*? La respuesta es que "han tropezado con su propia fe". A diferencia de los bribones Anacleto Morones y Lucas Lucatero, quienes sólo buscaban la oportunidad de sacar tajada con el engaño, Jesús de Belén conmueve por su firme convicción espiritual. Muy por encima de sus pretensiones o de cualquier idea que pudo haber tenido sobre su devenir, se halló en una parodia que vivió hasta las últimas consecuencias al luchar por la justicia y dar su propia vida. En el caso de las mujeres retratadas por Rulfo fue experimentar el *milagro* de sentirse amadas. ¿Qué importancia podría tener que Lucatero fuera un mentiroso, hablantín, si podía sustituir al *Santo Niño*? Alguien que ni de *santo* ni de *niño* tuvo nada; un hombre quien no reparó ni en edades ni apariencias para demostrar a todas las solteras grandes del pueblo que aún eran deseables y él no tenía que dudarlo ni un momento para hacérselos sentir.

Y así, tanto Juan Rulfo como Miguel Méndez abordan el tema de los *santos migrantes* que pueden surgir tras la Revolución y la Cristiada en las zonas expulsoras de las que cada uno proviene. En ambos casos el personaje principal se encuentra viviendo una gran ironía²⁰ por-

¹⁷ *Ibidem*, pp. 101 y 102. Las cursivas son del original.

¹⁸ *Ibidem*, p. 103.

¹⁹ *Ibidem*, p. 102.

²⁰ Conviene recordar que la ironía como figura retórica no ha sido la misma en todas las épocas. La primera que se tiene registrada es en *La República* de Platón, donde Sócrates adopta el papel de un tonto, ignorante, que hace preguntas ingenuas y mediante esa técnica permite ver al público lo complicado y serio del tema. Será sólo entre finales del siglo xvii y principios del xviii en que adquiera un tinte mucho más refinado y cómico, y no será sino un siglo después con Flaubert y Nietzsche —entre otros— cuando la ironía sea más bien filosófica, al grado que hay

que actúa un papel que no le corresponde en la vida pero que le ha sido conferido por quienes le rodean. Su fama ha ido *in crescendo* por los comentarios de boca en boca de los habitantes del pueblo que hablan de su *santidad*. Ambos autores se valen de dicha figura retórica y una apuesta a la mimesis para que el lector saque sus conclusiones. En el caso de Rulfo con tintes más bien cómicos para intensificar la situación y servir de alivio con Anacleto Morones; mientras que en el de Méndez resulta trágica, sobre todo por la parodia en la cual se apoya y la postura que contempla el lado absurdo de la vida. Finalmente los dos escritores nos demuestran que en cuestiones de *santos migrantes* el público y los fieles tienen la palabra.

Bibliografía

- Méndez, Miguel. *Peregrinos de Aztlán*. México, Biblioteca Era, 1989. (Edición original en Berkeley, Estados Unidos, Justa Publications, 1974)
- Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. "Introducción". Carlos Blanco Aguinaga. Madrid, Ediciones de Cátedra, 2009. (Letras Hispánicas)

Bibliografía sugerida

- Cuddon, J. A. *The Penguin dictionary of literary terms and literary theory*. Londres. Penguin Books, 1999.
- Fishman, Joshua A. *The sociology of language. (An interdisciplinary social science approach to language in society)*. Estados Unidos, Newbury House Publishers, 1979.
- López Castro, Gustavo. *La casa dividida: un estudio de caso sobre la inmigración a Estados Unidos de un pueblo michoacano*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- Mayberry, Jodine. *Recent american immigrants. Mexicans*. Nueva York-Londres-Toronto-Sidney. Franklin Watts, 1990.
- Pazos, Luis. *Historia sinóptica de México. De los olmecas a Salinas*. México, Editorial Diana, 1993.
- Ramírez, Axel. "El chicano visto desde la conciencia nacional". Coordinador Claudio Esteve-Fabregat. *Antropología y consciencia nacional mexicana*. Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2010.
- Samora, Julian y Patricia Vandel Simon. *A history of the mexican-american people*. Indiana-Londres, University of Notre Dame Press, s/a.
- Sánchez Valencia, Alejandra. *La repercusión del contacto de dos lenguas en la identidad chicana, reflejada en su literatura: análisis de cinco obras*. Tesis de Maestría. Estudios México-Estados Unidos. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

un parangón entre el escritor como creador quien contempla su obra y sonríe, lo mismo que Dios con su creación. Recomendando la consulta del diccionario de términos literarios de J. A. Cuddon, el cual señala en la bibliografía sugerida.

